

das con unos apodos especiales como «Operación Caja de Té», «Operación Cicerón» o cosa por el estilo, la cuestión era que todo aquello empezaba bajo muy buenos auspicios al tener que salir fuera de la escuela. Eran días casi completamente estivales y el corretear ya al aire libre parecía como una liberación.

Nos llevaron a un montículo de las afueras de la población, en la parte de Levante, donde se divisaba espléndidamente la ciudad y la inmensidad de nuestro mar latino. Había allí restos de un torreón que la gente decía haber sido en años lejanos un vigía y que continuaba pareciéndolo todavía dada su posición elevada y sobresaliente. Allí, en aquel momento, fué cuando se hizo la luz en todas nuestras inquietas mentes. Porque ante nuestra vista, en una gran extensión de terreno árido, seco, sin vida al parecer, se habían cavado en forma simétrica, rectangular, unos hoyos dispuestos a recibir y a vivificar el arbolito que se les confiara. Ya no hubiese sido necesario ningún discurso para darnos a entender cual era nuestra misión allí. Así yo lo comprendía y así creo que lo comprendíamos todos. Pero era obligada la palabra de nuestro Director para dar el realce merecido a aquel acto.

Y así habló él, una vez hecha la inmovilidad en aquella concentración de escolares: «Supongo que ya se habrá descifrado para todos el enigma que pesaba sobre el acto que vamos a ejecutar. Como véis es al aire libre, porque este es el mundo de los bosques. Y ningún momento mejor que estos en que vosotros vais a corretear a la vera de los árboles, para que os compenetréis del valor de ellos, del beneficio que nos reportan durante su existencia, en múltiples manifestaciones que ahora no os voy a enumerar, pero que lo haré en inmediatas ocasiones. Vais cada uno a plantar un árbol, y si lo que lleváis de años ya, alguno de vosotros ha inferido perjuicio en la vida de alguno de ellos, que sea este momento como el de des-

agravio por la falta cometida. Ahora, pasaréis junto a aquel señor de allá abajo de quien recibiréis, cada uno, un pino recientemente salido del vivero e iréis a colocarlos ordenadamente junto a los hoyos. Cuando todos estéis en vuestros lugares, entonces procederéis a su plantación a una orden mía.»

Todos íbamos cumpliendo lo mandado, silenciosamente, con orden, como verdaderamente infundidos de las palabras de nuestro Director. Cuando me tocó el turno, estuve sosteniendo con cariño, entre mis manos, aquello que me imaginaba como de mi propiedad. Aquel arbolito, aquel pino iba a crecer — Dios no podía concederme lo contrario — porque yo lo había plantado. Porque yo lo había vigilado, cuidado, si, cuidado, aunque estuviera lejos de mi casa. El sería quizá parte de mi existencia, cuando ya llegado a la madurez de mi vida iría a descansar bajo su cobijo, recordando la bienaventuranza del día de su plantación....»

Una luz fuerte, deslumbrante, invade mi alcoba que de momento me deja aturcido. Pero una voz muy conocida me lleva a la realidad de las cosas. Mi mujer, al tiempo que me da a conocer la hora ya bastante avanzada en que nos encontramos, abre de par en par la ventana. Afuera, en lo alto, los vencejos y golondrinas chillan ahora de lo lindo ante el calor que va en aumento siguiendo al día. El ladrido de un perro, vagabundo en la calle viene a mezclarse a las voces de algunas amas de casa que se dirigen al mercado.

Y con todo, yo aún seguía bajo el influjo de aquel sueño, de aquellos tiempos escolares, de aquella plantación o repoblación muy distinta a la realidad. Por esto, como me gustaría una continuación, una segunda ficción de todo ello, aunque esta vez me viera convertido en un anciano. Pero los sueños, parte de nuestra existencia, solamente dependen de una voluntad que precisamente no es la nuestra.

**Lorens**